

Inútil es describir aquí las contingencias de la jornada siguiente: Las fatigas fueron parecidas á las de la víspera; pero, en cambio, los paisajes eran más grandiosos á medida que nos internábamos en el corazón de la Sierra; la magnificencia del espectáculo me hacía olvidar que andaba descalzo por un camino cubierto de piedras...

Por fin, llegamos al desfiladero de Caracasaca, siguiendo un antiguo camino empedrado con losas de granito, restos de la civilización desaparecida de los taironas, y atravesamos el torrente Chirúa por un puente colgante, construido por los aruaques; segundos después, llegamos á una meseta pedregosa donde se levantan las chozas del pueblo indio de San Antonio con su iglesia arruinada. Inmediatamente nos dirigimos á la cabaña de *Pan de leche*, célebre cacique de los aruaques.

XIV

El cacique Pan de leche.—Los aruaques.—El Mamma

Pan de leche, á quien había tenido el honor de haber visto varias veces en Río Hacha, era un hombre pequeño, de color rojo negro, con la cara surcada por infinidad de arrugas. De andar sosegado y mirada tranquila, se creía el hombre rico, y satisfecho lo mismo de su ascendencia que de la suerte que gozaba en este bajo mundo.

Poseía, en efecto, una docena de toros, varias mulas, una porción de plantaciones de caña dulce, y, el primero de su raza, se había permitido el lujo de comerse ese pan de leche que le dió el apodo de que tanto se enorgullecía. Era el único entre los indios que podía pasarse sin la intermediación de los tratantes españoles, y él mismo, con sus toros, llevaba los productos de sus campos á los mercados de Dibulla, Río Hacha y otras localidades del llano, en donde hacía las operaciones de cambio. Ordinariamente vestía como sus compatriotas, el sombrero de paja y la túnica de algodón azul; pero, cuando bajaba al país español, tenía el gusto de ponerse unos pantalones cortos y una pequeña chaqueta de grueso paño con botones de cobre, que le daba el aspecto de uno de nuestros campesinos franceses.

Con el producto de su tráfico había hecho construir en el pueblo de San Antonio, y en todas sus plantaciones varias casas, en cada una de las cuales había instalado á una de sus mujeres; él habitaba en el centro del pueblo una de sus construcciones, bastante más comfortable que las de sus súbditos. En ella es en donde hacía justicia; toda discusión, todo proceso, era fallado por él, y no se había dado aún el caso de que un aruaque, descontento de sus decisiones, hubiera apelado al tribunal de Río Hacha. Para imponer respeto, jamás se había embriagado en presencia de su pueblo; para vaciar una botella de chicha, cerraba la puerta de su cabaña, y nadie entonces osaba turbar su profunda meditación. *Pan de leche* no había tenido más que una sola desgracia en su vida: una vez, tomando el baño en el río Hacha, un cocodrilo le cortó el brazo de un bocado; pero, como hombre listo, hizo que su desgracia se convirtiera en la mayor de las glorias; le construyeron una mano de metal blanco, que por cortesía se convirtió en plata, y, desde entonces, ni una sola vez ha salido de su casa sin llevar atado á su mano un bastón con el puño de oro. Este bastón, célebre en toda la provincia de Río Hacha, era un símbolo de justicia, un cetro real, una vara de mago y los aruaques no lo podían mirar sin temblar.

Cuando nos presentamos delante de *Pan de leche*, el cacique estaba balanceándose en su hamaca; se levantó inmediatamente para tomar una posición más majestuosa, y, sentándose sobre un gran tronco de *macana* (*alsophila*) colocado en medio de su cabaña, nos indicó con el dedo otros asientos más pequeños situados á la entrada. Siguiendo el uso antiguo de todos los que penetran en la Sierra, tratantes ó viajeros, nosotros fuimos á presentarnos

al jefe, á rogarle nos concediera su alta protección y pedirle hospitalidad en una de sus cabañas. *Pan de leche* nos escuchaba cerrando los ojos, y como un dormido á quien obsesiona una pesadilla, lanzaba pequeños gemidos de vez en cuando. De repente, se levantó sin dar la menor contestación, y, atándose su bastón á la célebre mano de metal blanco, salió de la cabaña y desapareció.

Nosotros nos interrogamos con una mirada de extrañeza por no adivinar el secreto de su conducta, cuando un aruaque penetró repentinamente en la choza, anunciándonos que podíamos considerarnos en nuestra casa. *Pan de leche* nos había hecho el insigne honor de cedernos su propia cabaña, marchándose á vivir á una de sus plantaciones.

Inmediatamente, un gran número de indios que esperaban el resultado de nuestra entrevista con el jefe, penetraron en la choza para comprar nuestras mercancías. Muy pronto, un montón de aguacates, *goyaves*, (*psidium pomiferum*) malangas, (*marante malanga*) y *arracachas* (*conium arracacha*) formó una pirámide en el suelo; pero, la mayor parte de los indios, al comprar nuestros artículos, se escandalizaron al ver que no llevábamos aguardiente. Jamás habían tenido relaciones con tratantes de nuestra especie.

La cabaña que habitábamos, y que, seguramente sirve aún de palacio de justicia, estaba construida con troncos de macanas plantados circularmente en el suelo y entrelazados por diversas ramas; la cubierta era cónica y estaba sostenida por un sistema muy complicado de hierbas y cañas; su forma era circular y tenía unos cinco metros de diámetro. Además de ser mayor, la choza del cacique aruaque, se diferencia de las otras en que tiene puerta, pero, por carecer de goznes, no tiene otra

utilidad que la de distinguirla de las demás, pues en cuanto sopla un poco de aire, se abre y se cierra con gran estrépito.

Las habitaciones de los otros otros indios son mucho más modestas. Construidas al azar sobre la meseta de San Antonio, tienen exactamente la forma de una colmena.

Una sola cabaña se distingue de las demás por su estilo arquitectónico, y de lejos, puede compararse con las construcciones de Río Hacha. Cuando yo llegué, estaba ocupada por dos señoras españolas, madre é hija. Esta, atacada de muerte por un disgusto amoroso y desahuciada por los médicos, había buscado un refugio entre los indios en el saludable país de San Antonio; sus hermanos, carpinteros los dos, la habían precedido para construirle la cabaña, y su madre la había seguido para cuidarla y disputársela á la muerte. Durante cinco años, esta madre admirable había conseguido prolongar la vida de su hija Conchita, hermosa y simpática joven que las aruaques miraban y respetaban como á una diosa de sus montañas. Apenas si salía de su casa, mansión de infinita tristeza, sino á la hora en que el sol se ocultaba por Occidente detrás de una arista de la montaña. Los pálidos rayos, envolvían entonces en un manto de luz su elegante talle; un reflejo de alegría parecía animar su rostro marchito por la tristeza; parecía experimentar un momento de placer contemplando el paisaje melancólico del valle, invadido por las sombras de la tarde. Algún tiempo después de mi visita á Sierra Nevada, Conchita, creyendo ya curadas las heridas de su corazón, quiso volver á Río Hacha, contra la voluntad de su madre. Al pensar en sus amigos y en su ciudad, una loca embriaguez de alegría pareció reanimarla, y creyó poseer la

salud y la fuerza de otros tiempos; luego, inclinó la cabeza como una flor que se marchita y se adormeció lentamente para toda una eternidad.

Al día siguiente de mi llegada á San Antonio, me dirigí solo y á pie hacia San Miguel, otro pueblo de indios, situado próximamente á dos mil metros de altura, sobre un llano sin árboles y lleno de escombros. Menos rico y menos poblado que San Antonio, ha conservado mejor las tradiciones de los antiguos tiempos, y en las inmediaciones de San Miguel, en medio de fragmentos amontonados de Causamária, es donde se celebran aún los misterios sagrados. Al Norte y al Sur, dos estrechos y profundos barrancos, como fosos de fortaleza, separan el pueblo de las plantaciones y prados inmediatos; y por los otros dos lados, una muralla de plantas espinosas, impiden la entrada en el pueblo á todos los animales completamente libres: el recinto de la población es un templo; sólo los humanos tienen derecho á poner su pie. Las calles están pavimentadas como los patios de los antiguos castillos feudales y alrededor de las chozas hay pequeños jardines que florecen todo el año. A primera vista, se observó que los tratantes españoles han entrado allí muy pocas veces, y no han tenido aún tiempo para profanarlo, como han hecho en San Antonio. En el centro del pueblo hay una iglesia, que, comparada con las otras construcciones de San Miguel, podríamos llamar casi monumental; inútil es decir que nunca se celebra misa y que su utilidad consiste únicamente en ser colegio electoral el día de las elecciones.

Cuando entré en el pueblo, aparecía desierto; todas las chozas estaban vacías; un silencio de muerte reinaba á mi alrededor. Los indios, hombres y mujeres, estaban sin duda ocupados en sus

trabajos agrícolas, ó bien, como tienen costumbre en ciertas épocas, se había reunido el pueblo entero en algún rancho de la montaña para devorar algún toro.

Cansado, como estaba, no podía esperar el regreso de los indios para pedir hospitalidad; entré en un campo, y luego de haber cogido algunos plános, que pensaba pagar más tarde á su dueño, fui á instalarme confortablemente en una cabaña donde había aún un resto de fuego.

Dormía desde hacía no sé cuánto tiempo, tal vez dos horas, cuando, unos momentos antes de ponerse el sol, oí una voz en la cabaña inmediata.

Me levanté precipitadamente para presentarme á los que llegaran, pero me detuve al ver que iba á interrumpir una ceremonia religiosa. Seis aruaques estaban en cuclillas sobre las losas de la calle, en medio del más profundo silencio. Delante de ellos, un anciano, con su larga cabellera suelta y la mirada sin expresión, extendía sus brazos hacia los nevados picos, iluminados por los últimos rayos del sol; luego, se golpeó el pecho, se pasó la mano por la frente é hizo contorsiones diversas, gesticulando horriblemente y pronunciando palabras inarticuladas al parecer.

A medida que las sombras ascendían por las pendientes nevadas de la Sierra, sus gesticulaciones se hacían más violentas, su palabra era más rónica é impetuosa; pero, cuando las últimas llamas del sol se reflejaron en lo más alto del pico nevado, para desaparecer inmediatamente en el espacio, el anciano calló repentinamente; su cara adquirió los rasgos humanos que había perdido, y, sin mirarme siquiera, penetró en la cabaña. Al mismo tiempo, los seis aruaques rompieron el silencio en

que estuvieron durante la ceremonia y empezaron á hablar con locuacidad sin igual.

Varias mujeres, sentadas á cierta distancia, parecían no tomar parte alguna en los ritos sagrados, sin duda porque sus nobles esposos no las juzgaban dignas, y, á pesar de las contorsiones del *mamma*, habían continuado sus trabajos con la mayor indiferencia. Yo era, probablemente, el primer blanco que habían visto en su vida; pero no por eso parecieron mirarme ni una sola vez, quizá porque bajo la mirada celosa que las vigila, no tienen siquiera el derecho de ser curiosas; es preciso que vivan en el estado de máquinas. Despreciadas en todo, no tienen siquiera el derecho de entrar en la cabaña conyugal; viven y duermen en la cocina, choza baja y estrecha, en la que apenas pueden tenerse de pie. Jamás la mujer se atreve á franquear la puerta de la casa marital; deja en el umbral la comida que ha preparado y que el majestuoso esposo le hace el favor de aceptar; es la esclava del marido, y toda joven que no encuentra amo, se convierte en una *cosa* que el vecino más rico se apropia. Por lo que se ve, ó al menos en lo que concierne á la mujer, el pauperismo está resuelto fácilmente entre los aruaques. Hay que declarar que en las naciones civilizadas, la solución del terrible problema es poco más ó menos la misma, á pesar de las complicaciones y sutilidades de la economía política.

Al mismo tiempo que los aruaques, entré yo en la choza. El *mamma* me miraba con recelo; ni siquiera me saludó; probablemente, le había molestado que sorprendiera el ejercicio de su función religiosa. Afortunadamente, yo llevaba una carta de recomendación, escrita por un caballero de Río-Hacha para su hermano de leche, Pedro Barliza,

el único mestizo de San Miguel. Saqué la carta y lei yo mismo las frases de alabanza que celebraban mis virtudes. Pedro Barliza era uno de los aruaques presentes: se adelantó hacia mí, celebró mi bienvenida y me ofreció una hamaca cerca del fuego. A pesar de ser el único indio que comprendía el español, mi carta había producido el mismo efecto en sus compañeros que en él mismo: á sus ojos posela yo un talismán soberano que hacía de mí un sér superior.

Tomé posesión de mi hamaca, mientras que los indios se arrodillaban ó sentaban alrededor del fuego. La llama, balanceada por el viento, luchaba con la obscuridad que había invadido la cabaña, y las caras rojas de los indios, tan pronto ocultas en la sombra como alumbradas por las oscilaciones del fuego, aparecían y desaparecían como espíritus evocados y conjurados á cada momento. Abrían y cerraban la boca por un movimiento rítmico y saboreaban voluptuosamente el *hayo* (*Erythroxylon coca*.)

Esta operación, para muchos la más importante de la vida, es digna de ser presenciada. Cada aruaque tiene en la mano izquierda una calabaza conteniendo cal en polvo. Cogen primero de una especie de petaca, parecida á la de nuestros fumadores, hojas de hayo y las mastican para extraer el jugo, que arrojan de la boca á la calabaza; en seguida echan polvos de cal en el líquido y lo agitan sin cesar con una varita para operar una combinación más íntima de las dos substancias. De vez en cuando, se llevan la varita á la boca y aspiran con satisfacción la mixtura corrosiva. Los indios y los negros del Perú hacen también mucho uso del hayo, y pretenden poder ayunar durante una semana ó más, sin otra comida que masticar hojas

cuando las deseen. El célebre naturalista Tschundi, cuyo testimonio nadie pondrá en duda, afirma haber visto algunos individuos trabajar durante varios días consecutivos, sin otro alimento que las hojas del hayo para reparar sus fuerzas. Los aruaques no conocen esas maravillosas propiedades de su planta favorita, y cuando yo se las conté á Pedro Barliza, se rió incrédulamente, lo mismo que sus compañeros, á quienes había traducido mis palabras.

La conversación, empezada á propósito del hayo, no decayó en algunas horas, gracias á la curiosidad de Barliza. Este me confundía con sus preguntas hechas en mal español, y mis contestaciones las traducía inmediatamente en lengua aruaque; cada una de mis palabras parecía producirles la mayor extrañeza: las exclamaciones y las risas atolondradas no tenían fin. En sus conversaciones, las más ordinarias, los aruaques no pueden pronunciar dos palabras sin prorrumper en exclamaciones, exprimiendo, probablemente, la insuficiencia de su lenguaje, y lo que podríamos llamar la *envoltura* del pensamiento: sus discursos, los más aproximados á la naturaleza que podemos imaginarnos, parecen componerse sólo de interjecciones. Después de haberme escuchado, parecían maravillados en extremo, y en sus exclamaciones sólo se distinguían vocales de admiración, cantadas en todos los tonos de la gama. Su estupefacción llegó al colmo cuando yo encendí un fósforo químico: á pesar de su título de electores y de las relaciones frecuentes con los traficantes españoles, no conocían aún esta maravilla de la industria moderna.

Sólo el sacerdote parecía escucharme con repugnancia, por suponer, tal vez, que yo era un *mamma* más sabio que él; Pero, fingiendo no com-

prender la sorda oposición del mago, dí á mis nuevos amigos buenas explicaciones y en toda regla.

Les hablé de España, que, si bien en otro tiempo les habia ocasionado guerras, persecuciones y bautismo forzoso, les habia en cambio proporcionado el café, el azúcar, los árboles frutales y todos los animales domésticos; luego, les ponderé el poderío de Inglaterra, cuyos barcos veían á veces desde sus montañas, pasar por el mar como si fueran del tamaño de un insecto de los grandes; les dije también algunas palabras de esos terribles yanquis, que ellos se imaginan como horrorosos demonios, no teniendo siquiera, figura humana. Para hacerles comprender mis explicaciones, les trazaba en el suelo, á la luz de una tea, pequeños mapas, cuyas líneas miraban con curiosidad y parecían comprender relativamente. Si se quiere obrar en la inteligencia de estos hijos de la naturaleza, es necesario servirse de un intérprete que pueda traducir nuestras ideas complejas en otras infinitamente simples y rudimentarias. Por mediación de Barliza, mestizo que pertenece á las dos razas, mis palabras tuvieron algún sentido para los aruaques; pero, después, entre los indios del pueblo de San Antonio, que muchos de ellos hablan el español, tuve ocasión de convencerme de lo difícil que es hacerles comprender algo, por sencillo que sea. Muchas veces les hacía preguntas elementales sobre asuntos que ellos conocían, y, después de mirarme largo rato y repetir automáticamente mis palabras, estallaban en una risa loca, y terminaban diciendo que no comprendían nada.

Se afirma generalmente, que los habitantes de las montañas son más altos, más fuertes y más intrépidos que los moradores del llano. Esto, que es muy discutible en todo el globo, está rotundamente

desmentido en el Estado del Magdalena y hasta en toda la Nueva Granada, sobre todo en lo que á altos se refiere. Los aruaques, tribu de montañeses, son más pequeños y menos inteligentes que los guajiros, tribu del llano. Las mujeres, sin, embargo, encorvadas por el peso de sus niños llevados á la espalda dentro de un saco sujeto á la frente, tejen con cierta inteligencia y hacen en un día marchas de diez y quince leguas por los caminos tortuosos de la montaña. La tradición dice que estos indios conocen el secreto de reblandecer todos los metales por medio de una hierba mágica y amasarlos como los alfareros amasan el barro; algunos habitantes de Río Hacha, afirman haber visto en la Sierra objetos de oro, en los cuales aparecían marcados los dedos del fabricante. Verdaderas ó no, estas riquezas de los aruaques exaltaron la avidez de los españoles. El año 1527 el conquistador Palomino se ahogó en el río que lleva su nombre, intentando penetrar en la garganta de Pociguira. Tres años después, Lerma, gobernador de Santa Marta, renovó sin éxito su tentativa de invasión. Por fin, en 1555, Ursua consiguió remontar los valles de la Sierra hasta los pueblos indios. La mayor parte de los aruaques pasaron los Andes y los llanos y fueron á establecerse en las orillas del Orinoco, donde se hallan todavía sus descendientes. Algunos se refugiaron al pie de las regiones heladas, y los conquistadores españoles buscaron inútilmente los tesoros de Tairona, teniendo que retirarse con un botín insignificante.

En la época de mi visita, el número de aruaques no pasaría de un millón. En 1846 no serían más de quinientos entre San Antonio y San Miguel, los dos pueblos más considerables de la Sierra.

Tairona no es actualmente más que un monte

sagrado, un Olimpo donde residen las divinidades. Allí se hallan, uno al lado de otro, el infierno y el paraíso; y allí es donde van á resucitar todos los que mueren; el temerario que intentara aproximarse al temido monte, perecería inmediatamente; pasaría á formar parte de aquellos á quienes había intentado profanar su morada.

Los muertos de Tairona, sienten á veces la necesidad de visitar á sus parientes ó animales favoritos; los visitados mueren inmediatamente: así se explican ellos las fiebres agudas y otras enfermedades seguidas de una muerte rápida. A veces oyen que el monte ruge: «Es que habla la voz de los tesoros», dicen los aruaques.

Como una pintura que reaparece debajo de un emplasto, se encuentra el antiguo paganismo entre los aruaques á pesar del culto católico que los españoles les impusieron. Practican las dos religiones, pero su corazón está inclinado á la que han heredado de sus padres. Sus nombres católicos son oficiales; entre ellos, cuando no creen ser oídos por ningún español, se llaman por los nombres misteriosos.

Los aruaques son industrioses, y á pesar de su poca inteligencia, saben una multitud de cosas que los guajiros, celosos de su libertad, ignoran completamente. Naturalmente, los educadores de estos indios, han sido el frío y el hambre. Para habitar por las alturas de los montes, no basta con recoger algunos frutos del bosque; es preciso que planten, que siembren, que tejan y que se construyan chozas confortables. Venden á los tratantes cuerdas y sacos que tejen con la fibra del agave y tintan de diferentes y hermosos colores. La corteza de árbol llamada *naula*, les da un color inalterable parecido á la hez del vino, y una gramínea con flor

amarilla, les suministra un color dorado que aplican á los tejidos por medio de un agente que es preciso nombrar, por la mucha importancia que tiene en la industria. Este agente es la saliva, con la cual no sólo preparan el color, sino el aguardiente. Para esto, primero mastican la caña dulce, y, llenándose la boca de leche, hacen el queso que luego escupen en una calabaza. Se dice que la chicha fabricada por ese procedimiento, produce una embriaguez más profunda que la del aguardiente de alta graduación. Afortunadamente, los aruaques no conocen el producto del agave que los mejicanos llaman *pulque*. Bastante tienen para corromperse y matarse lentamente, con su terrible chicha y el ron infame de los tratantes, sin que se les enseñe un nuevo instrumento de suicidio.

Los tratantes blancos ó negros, hablan muy mal de los aruaques, pero no tienen otra razón que la que asiste al fuerte para calumniar al débil.

La candidez de estos indios llega hasta el extremo de pagar á los herederos de los traficantes, las deudas contraídas comprando aguardiente, bacalao y lanillas, por diez veces su precio de venta. Los tratantes lo saben y llegan á veces á abrirles crédito de doscientas y más piastras de sus ruines mercancías.

En otro tiempo, para hacerles pagar más de prisa, se les amenazaba con venderles su choza y sus cosechas, pero después de 1848, el embargo de inmuebles por falta de pago ha sido abolido. Por gratitud, por antagonismo de razas y por espíritu de libertad, los indios en general pertenecen al partido radical, contra los blancos que están afiliados al conservador; y los aruaques, colocados frente á los demás indios y blancos, militan entre los revolucionarios, entre los «rojos». En las elec-

ciones, todos los votos de los aruaques son para los avanzados, excepto el voto de *Pan de leche* que, por sus riquezas y su título de cacique, cree que es de buen tono declararse conservador; pero su ejemplo no arrastra á nadie y hasta se dice que, durante un escrutinio, quiso imitar á nuestros *electoreros* de Europa y, sin respeto á su bastón sagrado, tuvo que salir de la iglesia perseguido por sus súbditos. Así, pues, los acontecimientos de 1848 resonaron hasta en las altas montañas de Sierra Nevada, en bien de los indios. Nada prueba mejor que esto la solidaridad entre los pueblos.

ciones, todos los votos de los aruaques son para los avanzados, excepto el voto de *Pan de leche* que, por sus riquezas y su título de cacique, cree que es de buen tono declararse conservador; pero su ejemplo no arrastra á nadie y hasta se dice que, durante un escrutinio, quiso imitar á nuestros *electoreros* de Europa y, sin respeto á su bastón sagrado, tuvo que salir de la iglesia perseguido por sus súbditos. Así, pues, los acontecimientos de 1848 resonaron hasta en las altas montañas de Sierra Nevada, en bien de los indios. Nada prueba mejor que esto la solidaridad entre los pueblos.

XV

El naufragio.—La enfermedad.—La derrota

Después de mi visita á San Miguel, había empleado unos días en recorrer bosques y prados de Sierra Nevada. Todos los valles que ví, presentaban terrenos excelentes para el cultivo y, escalonados, podían producir toda una serie de plantas, desde la vainilla aromática, bañada siempre por una atmósfera húmeda y ardiente, hasta el líquen de Islandia, que germina penosamente sobre la tierra, al pie de las piedras nevadas. De todos esos valles tibios, templados y fríos, el que más me satisfizo fué el valle de San Antonio: por su clima y por su tierra ninguno me pareció más hermoso y más fértil. Los mosquitos son muy raros, los *barberos* menos numerosos y gruesos; las culebras son comunes y las mayores son pequeñas boas inofensivas. Además, el pueblo tiene la inmensa ventaja de comunicarse con el llano por un camino de herradura. Todo esto, hizo decidirme por una pequeña hondonada de unas cincuenta hectáreas, situada á media legua de San Antonio, á orillas del arroyo Chirúa y á la espalda de la montaña de Nanú. En cuanto tuve el terreno elegido, nos pusimos en marcha Luisito y yo hacia Río Hacha, para hacer los modestos preparativos de nuestra colonización.

El viaje de regreso fué menos accidentado que